



Fotos: Oscar Paz

La leyenda de Kankán

Una momia enigmática, fiestas paganas, aguaceros bíblicos y el mismísimo diablo con cuernos y ojos maléficos convergen en un remoto paraje de la sierra liberteña: El Rosal.

Escribe: Oscar Paz

Docente de Ciencias de la Comunicación

1

El único muerto de El Rosal vive en la finca de los Ramírez Zavala. Aquí no hay dónde enterrarse, por eso los cuerpos que dejaron de respirar terminan en Julcán, el pueblo del otro lado del río. Y es que en El Rosal no hay cementerio. Para un ciudadano, en realidad, no hay casi nada. Ni hospital ni iglesia ni un cura para confesarse. Tampoco hay cine, parque de diversiones, tráfico. Ni siquiera una plaza pública. En este bofedal, al oeste de la Cordillera de los Andes, hay más bien praderas siempre verdes con saucos y capulíes creciendo, y pájaros de finas gargantas. La casa de los Ramírez Zavala fue construida al pie de la peña de Kankán. Luce así: adobe, dos pisos, pintada de verde aguamarina y los zócalos de palo rosa.

Una mañana hace 14 años, la segunda hija de la familia, la niña Lorena, cruzaba la casa cuando encontró a un hombre alto que no tenía aspecto de ser amigo de la familia. Pensó la pequeña: es el muerto que ha vuelto a respirar. Enterado su padre, don Marín Ramírez, se convenció que la aparición era real, tan real como lo que a él le ocurrió una mañana soleada de noviembre de 1985, que para El Rosal trajo todo y nada, nada y todo.

2

Marín Ramírez es de alguna forma descendiente de los primeros hombres que llegaron a El Rosal hace dos siglos. Para construir su casa, trajo madera de dos caseríos cercanos, Santa Cruz y Santa Rosa. Y todos los días sacaba a sus cerdos para darles de comer y hacerlos dormir entre las piedras.

El 4 de noviembre de 1985 decidió que los animales no regresarían más a la finca de sus padres. Retiró la maleza y las piedras de una especie de cueva que para ellos –pensó– era un buen refugio contra la lluvia y el granizo. Después de excavar lo suficiente, pasó. Le había quitado las telas y encontró al cadáver con las rodillas recogidas hacia el pecho, los brazos cruzados como exprimiéndose el cuello y las mandíbulas cerradas como apretando los dientes para no gritar. Marín había descubierto a la momia de Kankán.

El hechicero del pueblo, Lucas Ramírez Espinola, le advirtió que, si en el acto no se deshacía del cuerpo, este le traería el mal aire a su primo-

génita, Vanessa. Luego le dijo que el maleficio caería sobre el pueblo.

Pero al cabo de cinco meses, Marín le celebró una fiesta a la momia. Era el mismo día en que los comuneros de El Rosal se embriagaban con maíz fermentado luego de poner en pie una cruz de madera en lo alto de la Peña de Kankán. La costumbre los hijos la heredaron de sus padres y los padres de los abuelos.

Esa vez la gente de las comunidades cercanas llegó atraída por el muerto. Lo sacaron en andas, lo pasearon por el pueblo, le prendieron velas. Herejía o no, la parranda desde entonces se ha repetido religiosamente cada año.

El tiempo popularizó las sospechas de que la momia cumplía los deseos de la gente. El sargento Gil Saravia solía dejarle velas. Un día, regresando a la ciudad, vio cómo un billete de cincuenta soles venía traído por el viento hacia él justo cuando la crisis era su compañera de viaje. En otra ocasión, un agricultor también con poco dinero consiguió que le vendan un chanco bien nutrido. De regreso a casa, pidió ayuda divina para el negocio. Después andaba contándole al pueblo que la momia y el chanco lo habían sacado de su miserable condición y que había sido un milagro.

Pasaron largos años –catorce largos años desde el descubrimiento– para que el primer acto sobrenatural ocurriera en la finca de Marín. Su segunda hija, Lorena, le contó con la voz temblando que había visto andar a la momia. Según la historia, era en un tipo de carne y hueso, alto, rubio, sin barba y vestido de blanco. Supo que era el muerto, pese a su aspecto humanoide, porque en su oxidada silla –entiéndase altar– no quedaba un solo hueso.

La niña calló hasta que los mareos, los dolores de cabeza y la sensación de que volvería a aparecérselo fueron insoportables. Tres días le duró el silencio. Mientras curaba a su hija con incienso, las palabras del hechicero volvieron a retumbar como campanazos en la cabeza de Marín. Le aconsejaron que cargara el cuerpo y se lo llevara por varios días a la montaña, arriba, lejos, donde ambos pudieran quedarse solos. “Te hablará”, le juraban. Pero Marín no se atrevía. Lanzaba más bien una frase que resultaría premonitoria: “De repente se aparece el demonio”.

3

En El Rosal ya no quedan jardines de rosas. Así que la única pista para cualquier viajero perdido es un muro despintado a la mitad del pueblo. Aparecen dibujadas la momia –con aspecto estelar– y la Peña. Arriba: “Bienvenido al centro turístico de Kankán”. Marín lo mandó a construir durante el invierno de 2008.

Los primeros en llegar a El Rosal fueron los hermanos Jesús y Juan Ramírez Blas hace más o menos dos siglos. Y construyeron una pequeña casita que hasta hoy se conserva frente a un pastizal muy verde y el hacendado les dio permiso para que sembraran a cambio de un pago mensual. Después vinieron sus mujeres y tuvieron muchos hijos y sus hijos más hijos y fue así cómo ocurrió todo. Hoy El Rosal es un pueblo de 80 casas y 150 familias que, a la vez, son familias entre sí. Por eso todos se conocen, por eso llevan los mismos apellidos.

El nombre original de El Rosal era Kankán, una palabra quechua que significa piedra sobre piedra y que la lengua de los pobladores tal vez congelada por los crudos inviernos deformó con el tiempo en kakán. Al profesor de la única escuela se le ocurrió cambiarlo para evitar deformaciones más desagradables.

Hoy los linderos los señalan dos ríos: Grande y Muerto, el segundo llamado así porque en sus aguas se remojan las ropas de quienes ya no están entre los vivos. Las casas son de adobe y las separan

amplias extensiones de chacras y pastos. Están cerradas, algunas hasta con candado. Parece no ser este el día en el que el pueblo celebrará la fiesta número 28 de la momia.

El cielo, gris. Lluve. El granizo golpea el tejado. Los truenos reventan.

La familia, la orquesta, los invitados, todos se esconden bajo la casa. En cambio, Marín –sombrero negro y zapatos embarrados de lodo– ingresa por una puerta, sale por otra, va a la cocina, conversa con su mujer y sale, habla con los músicos, cruza el jardín, regresa a la casa. Anda inquieto. La parranda se ha retrasado. Son las tres de la tarde y el cielo no da tregua.

La momia ha sido sacada de la habitación en que la acomodaron hace cuatro años, donde Marín además ubicó su escritorio atiborrado de polvo y papeles. Durante la fiesta, siempre del 30 de abril al 2 de mayo, en esta habitación hay solo espacio para la cerveza, es la cantina ideal: una pequeña ventana sin luna conecta hacia el gran salón de baile y una entrada sin puerta con la cocina y las habitaciones.

La momia, afuera de la casa, en una esquina del jardín, bajo un techo de calamina. Le faltan los cinco dientes de adelante y las costillas parecen zafadas. Lo poco que se sabe de ella es que vivió hace ocho siglos, que medía 1.72 y que al morir era apenas un jovenzuelo de 20 años. La piel seca todavía recubre la mayoría de los huesos.

La lluvia cesó. Marín, su mujer, sus hijas Vanesa, Lorena y Julia, y un grupo de niños saltarines enfilan sobre el lodo a doscientos metros de la casa. Atrás, la caravana de músicos incaicos entona los primeros huainos. Nadie más. La multitud de peregrinos de las historias no existe: es fantasía pura. La familia y la banda desfilan hacia la momia. Le prenden las velas. La observan. No hay procesión. No hay oraciones. Algo de alegre zapateo y es todo. El ritual concluye.

Luego empieza la parranda. Son horas tras horas de baile, de ebrios, de peleas. Horas tras horas que transcurren con un solitario Marín junto a su momia. Nadie le pide milagros, porque los buenos años de devoción de los que se enorgullece son, tal vez, ahora, parte de algún remoto recuerdo.

Lorena Ramírez es una joven miedosa, inocente, de sonrisa plateada. Cumplió 25 años y es la única de los cuatro hijos de Marín que se quedó en El Rosal para ayudar en las labores domésticas y en las del campo. Sus hermanos trabajan en Lima, a 700 kilómetros de carretera, entre edificios, aviones, trenes eléctricos, esmog, cemento, locura.

Después de ver en pie a la momia, se hizo creyente. Todos los días le hace una oración distinta. Es una costumbre que aprendió de pequeña a través de un agujero perforado en una antigua puerta de lata por donde veía a su padre inclinarse frente a los huesos.

Una mañana hace dos años despertó asustada contándole a su mamá que había soñado con don Leonardo Espinola muerto. “Cállate, tú toda la vida paras con esos sueños”, le recriminó su madre, que empezó a creer en su hija cuando vio a la gente venir llorando: esa mañana, efectivamente, el dueño de la finca de enfrente, don Leonardo Espinola, ya comenzaba a ser polvo.

Y las premoniciones accidentales de Marín –esas en las que hablaba sobre incursiones demoniacas– se cumplieron cuatro años después de la aparición de la momia. Lorena se cruzó con el diablo caminando de lo más tranquilo por El Rosal. Ella lavaba ropa en uno de esos puquiales que se filtran de los cerros y aparecen en el pueblo como pequeñas lagunas.

–Para abajo, en el camino, venía un hombre alto, que tenía cachitos, sus dientes y sus ojos brillaban demasiado. Estaba con un manto rojo y con un pordón.



Los pobladores de El Rosal aseguran que la momia obra milagros, refiere Marín Ramírez, quien la descubrió hace tres décadas.



Durante los últimos días de abril y los primeros de mayo se celebra una gran fiesta en honor de la momia. Velas, incienso, pirotecnia, bailes, comida y alcohol a discreción, dan el marco que corresponde.



-¿Un qué?

-Un pordón. De esos grandes que utiliza, eso grande como palitos, como el de la muerte. Venía en dirección de mí. Normal yo, pero le di la espalda. No sé qué fin ha tenido, porque ya no lo volví a mirar, porque dicen que si lo miramos nos suelta en sangre, nos desmayamos en sangre.

Son las cinco de la tarde. El aire amenaza. El cielo, otra vez, triste. Cuatro hombres beben cerveza y chicha afuera de la casa de Saturnino Espinola, hijo de don Leonardo Espinola, descendiente directo de los fundadores, el muerto de los sueños de Lorena. No va a la fiesta de la momia porque cree que solo son huesos. No va a la fiesta, además, porque le ofreció a Marín obsequiarle un anda a cambio de que la momia sea del pueblo. Y le fue mal.

-No sé si la encontró o la compró, pero en el fondo él celebra el primero de mayo como si fuera la fiesta de la momia y ni siquiera ese día la desenterró. En cambio cargar la cruz hasta la Peña es una costumbre que viene de 1800, una fiesta que los abuelos hacían con flauta y caja.

Por cosas como esas, Marín piensa que unos cuantos vecinos –los de enfrente– sienten envidia. Y por cosas como esas, Saturnino Espinola sigue pensando que no es el pueblo contra Marín, que en realidad es Marín contra el pueblo.

A estas alturas el maleficio augurado para El Rosal ya ha quedado en el olvido, quizá nunca nadie le dio tanta importancia. Hay males más terrenales que arrecian como que las tierras no produzcan –y la gente depende de las tierras–, como que recién en el 2009 haya llegado la luz eléctrica, pero siga sin aparecerse el agua potable y el desagüe, y que por eso para encontrar un baño haya que caminar 20

minutos cuesta abajo, cruzar un río, llegar a Julcán. Quizá el verdadero maleficio haya comenzado a cumplirse mucho antes del descubrimiento de la momia. Quizá se trate del mismo suplicio al que están condenados casi todos los pueblos de la sierra peruana: un olvido sistemático y vergonzoso. Aquí, el mal, tal vez, quién sabe, no tenga condición divina.

El olor a eucalipto de las mañanas. Los pájaros trinando. El pueblo envuelto en una nube blanca que congela. Son las siete de la mañana del tercer y último día de fiesta. Marín sale de la casa debajo de un poncho. Lleva el sombrero de siempre que no disimula sus 56 años. Rodea la finca, avanza hacia el corral de los chanchos por donde encontró a la momia, y orina.

-Su tesoro debe estar enterrado por algún sitio y eso no lo deja descansar. Yo quisiera que me hablara, que me dijera qué otras cosas hay, no para que yo viva con su fortuna, sino para exponerlos en un museo.

Así piensa. Así sueña.

Marín, que ahora mismo está sentado sobre una piedra de su jardín, cree en la reencarnación, en la posibilidad de que la momia de Kankán lo haya elegido a él y solo a él para volver a la vida. Cree en la posibilidad de que el espíritu de la momia mire a través de sus ojos y sienta a través de su cuerpo, un cuerpo imperfecto que hace dos años casi muere de una simple inflamación al colon y hace apenas semanas cojeaba por un mal golpe.

-¿Le tiene miedo a morir?

-Cuando nos toca nos toca...pero yo soy Zavala que no le entra ni la bala menos la guadaña de la muerte.

Y en medio de la espesura de la niebla, sin maleficio que lo perturbe, Marín ríe a sus anchas.